

Un reencuentro

Tengo una foto tomada en Navidad,
una fiesta que aprendí a amar
ligada al reencuentro
de quienes estaban lejos,
miramos a alguien que nos concede
como favor la inmortalidad del momento.
Se la enseñaré a mis hijas
cuando me pregunten quién es
el amor de mi vida, si es su padre o otro, agradeceré la suerte de
no tener un único amor de la vida, y tener esa imagen.

Las chicas que volvían tarde para ser libres

Salimos del bar,
la gente, la luz,
la preocupación constante.
¿Se lo estarán pasando bien?
Sin pensar si nosotras
nos lo estamos pasando bien,
construimos nuestra libertad,
/somos chicas independientes,
salimos y no cenamos
para confundir a la ansiedad/
hacer todos los planes, llegar a todo.
El aire en la cara
nos recuerda el peso
de las noches como ésta
a unas chicas que aún suspiran
y las detenemos desde la intimidad
al alejarnos del ruido del mundo.

Espacio negativo

Miro hacia abajo y mido mi valía
con el espacio negativo
de mis muslos en la silla
dibujo en el lugar que no ocupo
mi autoestima.

El hueco entre las piernas
tan ansiado en el instituto
por el que calculaba la merienda,
ponerme de puntillas, zapatos altos
para disimular el espacio que lleno,
ocultar las marcas de las sillas metálicas
el sudor de las de plástico
como si no estuviera allí, en mi cuerpo.

Mi primera parte de arriba

La primera vez que me puse la parte de arriba del bikini tapé algo
que no existía y ya tenía que esconder.
Pequeños triángulos sobre mi cuerpo
que lo cambiaron,
no entendí la profundidad
de qué quería de niña
que tendría que seguir queriendo siempre.
Me acercaba a ser una mujer de la orilla
que se coloca el bañador,
y casi no entra al agua si no es por los niños, hasta que al ser ellos
mayores comienza a olvidar el bañador
y la orilla es para otras.

La primera vez que tapé unos pechos invisibles, aprendí a cubrir
mi cuerpo como quien esconde los pecados cometidos, salvándome
de los ajenos.

¿Dónde estoy?

Cuando jugábamos a escondernos,
el cuerpo contra un muro,
o la mirada detrás de las manos,
tenía miedo de no aparecer de vuelta
que eso fuese lo que pasaba con las mujeres, que en un juego po-
díamos desaparecer,
por eso no estábamos en la historia
y sólo nos encontraban en alguna migaja
a pie de página, alguna gran obra
como excepción.
Cuando no sabes si estás
si es que no hemos existido antes
vives el miedo de no existir.
Ahora corro y me escondo
de lo que he conocido demasiado.
Ven aquí,
en esta sombra oculta podremos conocernos,
y cargar nuestra voz con las que fueron.

Los hombres me dicen
que los tengo abandonados
como si yo fuera una madre
y ellos crías,
como si cada resquicio que dedico
a la poesía, a mis amigas,
a llamar a mi madre,
sin recordar que hagan lo propio
con la suya –lo siento por ella–
les doliera, y yo no quiero, amor,
que me culpes
y digas que no agradezco tu costilla.
Soy más que una novia, una amante,
aunque haya noches que me pidas
que me quede siéndolo.